EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

EL PROCURADOR DE TODOS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PELAYO DEL CASTILLO.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1879.

EL PROCURADOR DE TODOS,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PELAYO DEL CASTILLO.

Representada por primera vez con aplauso en el Teatro Español en la noche del 3 de Noviembre de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.		ACTORES
DOÑA RITA	SRAS.	DANSANT.
CÁRMEN		NAVARRO.
TEODORA		MARTINEZ.
DON PABLO	SRES.	FERNANDEZ.
DON BRUNO		MARTINEZ.
DON GIL		IBAÑEZ.
DON LUIS		PASTRANA.
ANDRÉS, criado		VALERO (R.).

DEDICADA

AL SIEMPRE DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

DON MARIANO FERNANDEZ,

Reconocido,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Salon con puerta al foro y laterales. Un velador, en el que habrá recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

D. GIL sentado y leyendo un periódico, y ANDRÉS, cepillilando una levita.

GIL. (Leyendo.) «Para que brote el cabello;
»buen aceite de bellotas.»
AND. (Falta le hace á la levita;
no tiene pelo de tonta...)
GIL. (Leyendo.) «Desde dos duros á cinco
»buenos sombreros de copa.»
AND. (No gastaré yo sombrero
como no sea. . de gorra.)
GIL. (Id.) «Don Juan Paz, cuyas ideas
»altamente filantrópicas
»son conocidas de todos,
»va á publicar una obra
»encomiando los fusiles
»de nueva invencion, las bombas
»á la *dernier;* sobre todo
»el cañon de última moda
»que se dispara en Getafe
»y se oye en Constantinopla.

»La dará á luz...»

AND. (Pues se luce
el que da á luz esas cosas!)

ESCENA II.

DICHOS y DOÑA RITA.

RITA. Andrés, has visto á don Bruno?
AND. Salió hace un momento.
RITA. ¡Hola!
¿Y no sabes dónde ha ido?
AND. Por lo visto, usted lo ignora?
RITA. Sí, pero tú...
AND. Yo tambien. (Váse.)

ESCENA III.

D. GIL y DOÑA RITA.

RITA. Irse, y dejar á su esposa...
¿Á usted le parece que eso (Á D. Gil.)
está en el órden?
GIL. Señora,
¿qué me importa á mí?
RITA. ¡Egoista!
Dice usted que no le importa?
GIL. Ni esto.
RITA. Pues á mí tampoco,
conque doblemos la hoja.
¿Y su sobrina de usted,
la simpática Teodora?
GIL. Ha salido no sé á dónde.
Aunque muy jóven, las tocas
de la viudez, la autorizan...
RITA. Tendrá veinte años...
GIL. Sin cola.
Se casó á los diez y nueve,
y enviudó al mes.
RITA. ¡Buena tonta!
GIL. Ella no tuvo la culpa,
sino don Blas, que esté en gloria.

¡Hay hombres tan pusilánimes!
No hacen más que ver la horca
y ya se mueren del susto.

RITA. Tan jóven y tan hermosa,
y estar ya sola en el mundo.

GIL. Le diré á usted, no está sola.

RITA. De un tio á un marido, va
una distancia monstruosa.
Un marido, no es un tio.

GIL. Dónde ha cursado usted lógica?

RITA. Mi marido es catedrático...

GIL. ¡Ah, ya!

RITA. De mineralogia.

GIL. Entónces...

RITA. Por eso alego
unas razones tan sólidas.

GIL. Pues volviendo á mi sobrina:
una viuda, qué ¿ambiciona?
Es un cesante que lucha
para ver si se coloca...

RITA. Si le oyera á usted don Pablo!

GIL. ¿Quién?

RITA. Don Pablo Carrascosa,
que ha venido á tomar baños...
Es una de esas personas
que se matan, se desviven
por hacer un favor.

GIL. ¡Hola!

RITA. Lo que usted oye: la vida
es una comedia histórica.
Don Pablo hace en ella el tipo
de maestro de ceremonias.
Sobre todo, si se trata
de concertar una boda...

GIL. ¿De veras?

RITA. ¡Es su manía!
Pero aquí viene Teodora.

ESCENA IV.

DICHOS y TEODORA.

RITA. ¿No ha visto usted á mi esposo?

TEOD. No por cierto.
RITA. ¡Pasma, asombra
tanto cinismo!
TEOD. Qué ocurre?
RITA. Que el inícuo me abandona.
¡Si la cruz del matrimonio,
es más cruz que la del Gólgota!
GIL. No hagas caso... Lo que dice
doña Rita es una broma.
El matrimonio es un lazo...
RITA. Un lazo que nos ahoga.
GIL. (Quiere usted callar?)
TEOD. Las once;
precisamente, la hora
de tomar el baño.
GIL. Sí,
vamos allá. ¿Usted no toma?
RITA. Todos los dias, yo soy
naturalmente biliosa,
y he venido á sulfurarme
en las aguas sulfurosas.
Oye. (Á Andrés, que sale.)
¿Has visto á mi marido?
AND. No.
RITA. Con qué no?
AND. (Dale bola!)
RITA. Si le ves, dile que estoy
en el baño.
AND. (Es lo más posma.)
RITA. Él tiene la llave: que abra,
pero que antes de abrir, tosa,
porque si entra, y me sorprende
algo ligera de ropa...
El pudor es lo primero.
GIL. Cierto, el pudor... (Una momia
como yo, llevar del brazo
un jamon de siete arrobas!)
(Doña Rita, con el último verso suyo, cogió el brazo de D. Gil, y éste da el otro á su sobrina, y se van.)

ESCENA V.

ANDRÉS, luego D. PABLO y D. LUIS.

AND. ¿Pero esa vieja maldita
se figura que casarse,
es lo mismo que pegarse
al faldon de una levita?
PABLO. Yo lo arreglaré del modo
más conveniente y más...
LUIS. Pero...
Andrés ~~PABLO~~. (Don Pablo, ese caballero
que lo quiere arreglar todo.)
PABLO. Descuide usted... La cuestion
es un cuarto.
AND. (¿Para qué
querrá un cuarto?) Tome usted.
(Sacando uno del bolsillo y dándoselo.)
PABLO. Hombre no, una habitacion.
AND. Ah? ya.
PABLO. Lo entiendes, bolonio?
Es usted casado? (Á don Luis.)
LUIS. ¿Yo?
No señor.
PABLO. Cómo qué no?
Bien; cama de matrimonio.
LUIS. Pero hombre...
PABLO. Su edad madura
agrava el mal, sin embargo...
LUIS. (Es médico.)
PABLO. Yo me encargo
de casarle á usted.
LUIS. (Es cura.)
PABLO. Qué cuarto será el mejor? (Á Andrés.)
AND. El diez y siete á mi ver...
PABLO. Bien, pues ese.
LUIS. (Debe ser...
¿Quién será este buen señor?)
PABLO. Por si alguna vez se asoma
al balcon, quiero que tenga
buenas vistas, lo oyes? Venga

el saco de noche. Toma. (Á Andrés.)
Estamos? El diez y siete.
AND. Bien.
PABLO. Usté come ¿no es cierto?
LUIS. Hombre sí.
PABLO. Pues un cubierto
al lado del mio: vete. (Váse Andrés.)

ESCENA VI.

D. PABLO, y D. LUIS.

PABLO. ¿Conque se ha venido aquí
á tomar baños? eh? Usté
vendrá de la córte, eh?
¿Qué hay de nuevo por allí?
¿No se quiere usted sentar?
Vamos, sea usted amable!
Hombre, espero que usted hable.
LUIS. Si usted no me deja hablar!
He venido decidido,
ya ve usted, á estar aquí,
y he venido, porque sí,
si no no hubiera venido.
Segun dice mi doctor,
es un clima tan mal sano
el de Madrid! En verano...
PABLO. Qué sucede?
LUIS. Hace calor.
PABLO. Aqui no le irá á usted mal.
Como me trate y aprecie...
Estoy fundando una especie
de agencia matrimonial.
LUIS. Qué?
PABLO. Casar á todo el mundo,
ese os mi afan: ¡qué Demonio!
nada como el matrimonio;
yo en la experiencia me fundo.
Al pronto hasta acostumbrarse
le va á uno mal, verdad es,
pero despues ¡oh! despues...
¡Despues es cosa de ahorcarse!

Tiene semejante estado
sus peligros, no lo niego,
pero aquel que enviuda, luego
se queda tan descansado!
En esa dicha yo fundo,
lleno de filantropía,
mi generosa manía
de casar á todo el mundo.

LUIS. Bien.

PABLO. Y usted caerá en la red.

LUIS. Quién? yo? Si estoy aburrido!
cualquier dia me suicido.

PABLO. Pues nada, cásese usted.

LUIS. Soy de desdichas un cúmulo!
me voy á colgar de un álamo.

PABLO. Pues cásese usted. El tálamo
es una especie de túmulo.

LUIS. Veremos.

PABLO. Valor.

LUIS. Quizá
me decida pronto.

PABLO. Bien!

LUIS. Ha poco, al bajar del tren,
he visto una jóven... Ah!
Es un ángel y me fundo.
Tiene un pie divino.

PABLO. ¿Un pie?

LUIS. Precioso!

PABLO. Es cojita, ¿eh?
Nada hay perfecto en el mundo.

LUIS. Si no es coja.

PABLO. Ya! ¿Su nombre?

LUIS. Nada sé aún; sin embargo,
yo sabré...

PABLO. No! Yo me encargo...

LUIS. No se incomode usted, hombre!

PABLO. Si yo nunca me incomodo!

LUIS. Pero...

PABLO. Lo he dicho ya, quiero
arreglarlo todo.

LUIS. Pero...

PABLO. Absolutamente todo.

Guerra á muerte al celibato!
Lá moralidad, la higiene...
Á propósito, conviene
que descanse usted un rato.

LUIS. (Vaya un tipo de sainete.)

PABLO. Ea! Adentro.

LUIS. ¿Para qué?

PABLO. El diez y siete.

LUIS. Hum! Si no hay necesidad.

PABLO. Nada le aflija y le asombre!
Nada. Estoy yo aquí.

LUIS. (Este hombre
es una calamidad. (Váse.)

ESCENA VII.

D. PABLO, poco despues sale D. BRUNO.

PABLO. Está aburrido, cansado,
y de casarse á cansarse
va solamente una letra.
Es preciso que se case.

BRUNO. ¡Uf!

PABLO. ¿Qué ocurre?

BRUNO. Estoy muy pálido,
no es cierto?

PABLO. Qué disparate.
Está usted verde, lo mismo
que la estátua de Cervantes.

BRUNO. Figúrese usted que acabo
de encontrar en este instante...

PABLO. Ya! Un inglés!

BRUNO. Una serpiente
que es natural de Getafe.

PABLO. Hombre, en Getafe se crian
serpientes?

BRUNO. En todas partes.
Á propósito, aquí está
mi mujer. ¡Que Dios me ampare!

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA RITA.

RITA. Gracias á Dios, señor mio,
que parece usted: marcharse
sin decir una palabra.
¿Dónde ha estado usted?
BRUNO. Yo? (Diantre.)
Te diré, este pueblo está
lleno de curiosidades. (Turbado.)
He visitado la ermita;
y le he rezado una salve
á san Jerónimo; luégo
he tomado chocolate
con el padre Urquijo, que habla
en griego, en latin y en árabe:
es todo un sabio; la prueba
es que no le entiende nadie.
En fin...
RITA. Cómo se conoce
que estamos casados hace
diez años.
PABLO. Dirá usted veinte.
RITA. No, diez.
PABLO. Veinte!
RITA. Usted ¿qué sabe?
PABLO. Los años de matrimonio
se cuentan doble; adelante.
RITA. No diré públicamente,
porque es el caso muy grave,
hasta qué punto ha olvidado
sus deberes conyugales.
Por lo visto, desconoce
que la mujer es muy frágil,
que su punible abandono
me coloca sobre el cráter
de un volcan, me pone al borde
de un precipicio insondable!
Mira, deja que me vaya (Variando de tono.)
con la música á otra parte,

porque si no te diré
más de dos barbaridades. (Váse.)

ESCENA IX.

D. PABLO y D. BRUNO.

BRUNO. Pero mujer...
PABLO. (Deteniéndole.) Yo me encargo
de conjurar la catástrofe.
Recuerdo que un matrimonio...
El marido, que era sastre,
le sentaba las costuras
á su mujer, pero en grande.
BRUNO. Hombre!
PABLO. Allí las sillas iban
á lo mejor por el aire...
Pues bien, yo lo arreglé todo.
BRUNO. Hasta las sillas?
PABLO. Y un catre
que se hizo tambien añicos
en uno de esos debates.
BRUNO. En cambio, yo y mi mujer
vivimos como dos ángeles.
Solo que ella es muy celosa,
mas yo empleo un medio suave;
con hacerle un regalito
la pongo ya que ni un guante.
PABLO. Se comprende.
BRUNO. (Saca una cajita del bolsillo y la abre.)
Mire usted;
hé aquí una prueba palpable.
PABLO. Hola! Un brazalete de oro
guarnecido de diamantes.
BRUNO. Le falta una hermosa perla
que habia en medio.
PABLO. Muy fácil.
Se le da á un joyero...
BRUNO. Justo.
PABLO. Yo conozco uno muy hábil.
Venga, yo me encargo...
BRUNO. Pero...

PABLO. Permita usted que me encargue...
Ea! Siga usted.
(Cogiendo la cajita y guardándosela.)
BRUNO. Decia
que mi mujer es un ángel,
pero que armará aquí una
de cinco mil diablos...
PABLO. ¡Zape!
BRUNO. Si esa Cármen del demonio
no se llega á marchar.
PABLO. ¿Cármen?
BRUNO. Sí señor, esa serpiente
de que le he hablado á usted ántes.
PABLO. Sepamos...
BRUNO. Es una historia...
Rita estaba en Alicante
tomando baños de mar,
porque padecia ataques
de nervios, que me han costado
más dinero que ella vale.
Pues bien, en un dia de esos
en que yo estoy más amable
con Rita, que de costumbre,
fué tal mi pena al hallarme
interinamente viudo,
que salí de casa á escape...
pero corramos un velo
sobre estas debilidades.
PABLO. No señor, qué tontería!
Si yo soy muy tolerante!
Encuentro cuanto usted dice
natural, casi laudable.
BRUNO. Hombre, no tanto, no tanto.
PABLO. Por eso digo que casi.
¿Conque salió usted de casa...
BRUNO. Sí.
PABLO. Y bien!
BRUNO. Al cruzar la calle
de la Salud, ví á una jóven
pálida como un cadáver,
pero tenia unos ojos...
y una garganta y un talle...

Caí en el garlito; tuve
la flaqueza de ocultarle
mi estado: la pobre hacia
mil castillos en el aire...
Rita escamada, exigiendo
mi presencia en Alicante...
En fin don Pablo, la cosa
se iba poniendo tan grave,
que un dia me levanté
con la idea de marcharme,
y al siguiente estaba ya
al lado de mi constante,
de mi fiel Rita.

PABLO. ¿Y la otra?

BRUNO. Todavia está esperándome.

PABLO. Muy bien.

BRUNO. Ya no me acordaba,
ya no queria acordarme,
habia olvidado ya
á la inolvidable Cármen;
yo tenia la costumbre
de llamarla inolvidable,
cuando esta mañana he visto...
pásmese usted.

PABLO. ¿Que me pasme?

BRUNO. He visto...

PABLO. Á la consabida.
(D. Bruno hace una seña afirmativa.)
Si la que á mí se me escape...

BRUNO. Voy á verme en un conflicto.

PABLO. Eh! Valor!

BRUNO. Tiene un carácter
esa mujer! Segun dice,
es viuda de un comandante
de lanceros, y conserva
los hábitos militares.

PABLO. Nada importa, yo me encargo.

BRUNO. Si es la mujer más salvaje...
Y Rita, que ya no puede
tardar en venir. Ah! Cármen!
(Viendo desde el foro.)

PABLO. No se apure usted por eso,

yo me encargo...
BRUNO. Me voy.
PABLO. Váse,
como dicen en el teatro
cuando se va un personaje.

ESCENA X.

D. PABLO y CÁRMEN.

CARMEN. Caballero...
PABLO. (La serpiente.)
CARMEN. Ese hombre, huye de mí.
Le conoce usted?
PABLO. Yo? Sí.
Le conozco íntimamente.
CARMEN. Será usted otro que tal.
Otro bribon, cosa clara.
PABLO. Pido la palabra para
una alusion personal.
CARMEN. Me falta usted?
PABLO. No le falto,
al revés.
CARMEN. Cuando hablo yo
no habla nadie.
PABLO. No, eh?
CARMEN. No.
PABLO. Pues á los piés de usted.
CARMEN. Alto.
PABLO. Pero...
CARMEN. Me cargan los peros!
PABLO. Tratarme de esa manera!
CARMEN. Yo soy... mi marido era
comandante de lanceros.
Con indómita fiereza
defendió el patrio decoro:
en la guerra contra el moro
se le llevó la cabeza
una bala de cañon,
y á poco murió sereno
gritando con voz de trueno:
¡Viva la Constitucion!

PABLO. Conque ese grito leal
dió con terrible fiereza
despues de estar sin cabeza?
Si seria liberal!

CARMEN. Ahora bien, yo, que mujer
por mi desgracia nací,
tenia á ese bravo aquí. (Cerrando la mano.)

PABLO. Con lanza y todo? Es tener!

CARMEN. Si álguien mis caprichos trunca,
mi furor llega á tal grado...

PABLO. Yo tambien cuando me enfado...
pero no me enfado nunca.

CARMEN. Lo dicho, soy muy capaz...

PABLO. Pero eso á qué viene, ea!

CARMEN. Á que usted forme una idea
de doña Cármen Agraz.
Ahora oiga usted: es largo
de contar.

PABLO. Ya sé, y muy grave.

CARMEN. Conque dice usted que sabe?...

PABLO. Sí, y no hay miedo; yo me encargo ..

CARMEN. De qué?

PABLO. De buscar el modo...
Pues! Don Bruno me ha contado...
en fin, pierda usted cuidado,
que yo lo arreglaré todo.

CARMEN. Bruno es un hombre nefando.

PABLO. Por qué?

CARMEN. Juró el fementido
que seria mi marido.

PABLO. Sí; pero no dijo cuándo.

CARMEN. Tener palabra conviene
y él su descrédito labra!

PABLO. Pero...

CARMEN. Me dió su palabra!

PABLO. Pues por eso no la tiene.

CARMEN. Tengo valor, tengo aplomo!
Si no se casa el infiel
no habrá piedad para él:
me lo como! me lo como!
Hombre indigesto! has de ver
quién soy yo!

PABLO. Y bajo el pretexto
de que es un hombre indigesto
se lo va usted á comer?

CARMEN. Se habrá casado quizás...

PABLO. Cayó hace tiempo en la red.

CARMEN. Ah!

PABLO. Tranquilícese usted.
Dice que no lo hará más.

CARMEN. Engañarme.

PABLO. Eso está feo;
pero paciencia!

CARMEN. (Dejándose caer en una silla.)
Ay de mí!

PABLO. Ánimo; yo estoy aquí.

CARMEN. Váyase usted á paseo!
(Levantándose bruscamente.)

PABLO. Sea usted cauta, prudente,
ó se armará aquí un tinglado
que ya, ya. Usted ha tratado
á don Bruno íntimamente.
Engendra confianza el roce;
pero está aquí su mujer,
y al verle debe usté hacer
como que no le conoce.

CARMEN. Dónde estará ese ostrogodo?
le quiero arrancar el alma.

PABLO. Vamos, doña Cármen, calma,
que yo lo arreglaré todo.
Ah! si usted hubiera oido
á don Bruno hace un momento,
exclamar con el acento
hondamente dolorido:
«Dichosos tiempos aquellos
en que tú darme solias
oh! Cármen! todos los dias
un rizo de tus cabellos.»

CARMEN. Yo? Cá! no soy tan rumbosa.
No era un rizo lo que yo
solia darle.

PABLO. ¿No?

CARMEN. No.

PABLO. Bien, pues seria otra cosa.

CARMEN. Lo que yo á cada momento
le daba, y con mucho gusto,
era una desazon.

PABLO. Justo!
Y él en agradecimiento
me ha dicho así: «morir ántes
que olvidar á la que adoro!
Ahí va ese recuerdo de oro
guarnecido de diamantes.»

CARMEN. Hágame usted la merced...

PABLO. Tome usted. (Dándole la cajita.)

CARMEN. Lindo capricho...

PABLO. Le gusta á usted? Pues lo dicho.

CARMEN. ¿Cómo?

PABLO. Confio en que usted
opinará como yo?

CARMEN. Qué?

PABLO. Que su presencia aquí
es muy peligrosa.

CARMEN. Oh! sí.

PABLO. Y partirá usted?

CARMEN. Cá! no.

PABLO. Pero obrará usted...

CARMEN. Del modo
que juzgue más oportuno.
(Entrando en su cuarto.)

PABLO. Voy á decirle á don Bruno
que ya está arreglado todo.
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA XI.

TEODORA, entrando foro izquierda. Poco despues D. LUIS.

TEOD. Pero, señor, qué manía
la de mi tio! no puedo
conseguir que me acompañe.
Siempre encuentra algun pretexto
para evadirse, y me expone
á que más de cuatro necios...

LUIS. (Ea, ya estoy presentable.)

TEOD. (El jóven de ántes.)
LUIS. (Qué veo!
mi bella desconocida.)
TEOD. (¿Qué hago? Me voy ó me quedo?)
LUIS. (Qué hermosa es!)
TEOD. (No hay peligro;
tiene un aire tan modesto!)
LUIS. (Es preciso tener ánimo;
llegar, ver y vencer, pero...
Quisiera ser Julio César;
pero no, soy Luis Pacheco.)
Señorita...
TEOD. No, señora
si le parece á usted.
LUIS. Cielos!
Es usted casada?
TEOD. Viuda.
LUIS. Viuda? Oh placer!
TEOD. Caballero,
la memoria de mi esposo
es mirada con respeto
por cuantos le conocian.
LUIS. Quién lo duda!... yo el primero...
Su marido de usted era
un bellísimo sujeto.
TEOD. Le trató usted?
LUIS. No, no tuve
ese honor, pero comprendo
que debia ser un ángel,
y la prueba es que se ha muerto.
TEOD. Permita usted que me asombre.
Ese lenguaje...
LUIS. Es sincero.
Yo no acostumbro jamás
á decir lo que no siento.
TEOD. Pero...
LUIS. Jamás! Si usted fuera
casada, yo que me precio
de ser todo un hombre honrado,
y miro con el respeto
más profundo la sabrosa
fruta del cercado ageno,

tendria que renunciar
á esa blanca mano, y luego
romperme el cráneo de un tiro:
pero usted es libre, y eso
me inspira la confianza,
el valor; me da el derecho
de decirla á usted: «Señora,
tengo treinta años, poseo
un capital muy decente,
unos cincuenta mil pesos
y pico, lo cual no impide
que coma del presupuesto.
Soy un hombre tan pacífico,
y en fin tan corto de genio,
que no voy á la oficina;
y cuando voy no me atrevo
á coger la pluma; no hago
más que ir á cobrar el sueldo.
¿Sirvo ó no para marido?
Aquí mi sentencia espero.
(Arrojándose á sus piés.)

TEOD. De rodillas? Por Dios, hombre.

LUIS. Tiene usted razon; parezco,
permítaseme este símil
algo humilde, un zapatero
tomándole la medida.
Á propósito, estoy viendo
que tiene usted un pie!

TEOD. Vamos!

LUIS. Donde usted quiera. Al infierno
si es preciso.

TEOD. Le suplico
que se levante.

LUIS. Obedezco.
Pero sáqueme usted pronto
de penas, yo se lo ruego.
Responda usted.

TEOD. Estas cosas
se han de pensar.

LUIS. Ni por pienso!
Si estas cosas se pensaran
¿quién ingresaba en el gremio?

No hay más que cerrar los ojos.
TEOD. Y embestir?
LUIS. Ni más ni menos.
TEOD. Los símiles que usted usa
son lo más anti-poéticos.
LUÍS. Y bien, señora! sepamos:
puedo esperar...
TEOD. Si en efecto
aspira usted á mi mano,
el camino más derecho...
Haga usted por somprenderme.
(Me parece que no puedo
decirle más claro que hable
con mi tio.) Y en fin...
LUIS. Pero...
TEOD. No me puedo detener.
LUIS. Pero ¿hasta luego?
TEOD. Hasta luego.

ESCENA XII.

D. LUIS, despues D. PABLO.

LUIS. Es cosa particular,
que asombra, que casi asusta.
lo que esa mujer me gusta?
y es viuda! Da en qué pensar
embarcarse en un navío
donde otro ya ha naufragado.
PABLO. Pues señor, bien, no he encontrado
á don Bruno.
LUIS. Amigo mio,
tengo hecha ya mi eleccion.
PABLO. No debe usted dar un paso
sin consultarme.
LUIS. Me caso.
PABLO. Cómo! Sin mi intervencion?
LUIS. Hasta hoy he sido en el fondo
un don Juan, pero ha llegado
el dia en que me he cuadrado
y he dicho, punto redondo.
PABLO. Prudencia, amigo, prudencia.

Usted no debia dar
un paso sin consultar
con un hombre de experiencia,
por ejemplo, como yo.
Yo por su bien se lo digo.
¡Qué le sucedió á mi amigo
don Cleto, que se casó
sin consultarme á mí! Á ver?
Nada le sucedió!

LUIS. ¡Ya!

PABLO. Pero quién me negará
que le pudo suceder?
Es preciso andar con tiento.

LUIS. Si á mi pasion corresponde.
He hablado con ella.

PABLO. Dónde?

LUIS. Aquí.

PABLO. Cuándo?

LUIS. Hace un momento.

PABLO. Qué rayo de luz! Aquí?
hace un momento? No hay duda,
es ella?

LUIS. Cómo?

PABLO. La viuda.

LUIS. Pues! La conoce usted?

PABLO. Sí.

LUIS. Y aprueba usted mi eleccion?

PABLO. Nunca!

LUIS. Por qué?

PABLO. La tal niña
es una ave de rapiña...
don Bruno dará razon.

LUIS. Ya que usted así la trata
yo probaré que no es cierto.

PABLO. Jóven incauto inexperto!
¿Conoce usted la Traviata,
triste historia del amor
de una jóven baladí
muy cándida porque sí,
y porque quiere el autor,
pero que es, hablando en plata,
lo que por decoro omito?

Pues la viuda, ese angelito
es una nueva Traviata.

LUIS. No creo...

PABLO. Angustias acerbas
sufrirá usted cual ninguno...

LUIS. Bah!

PABLO. Dará razon don Bruno
Calaguala y otras yerbas.

LUIS. Ha formado usted un juicio
muy temerario... ¡No creo,
no puedo creer!

PABLO. Ah! veo
que está usted fuera de quicio.
Le ha fascinado esa arpía
que trasciende á contrabando,
pero yo, yo, conjurando
la fatal coquetería
de esa mujer casquivana,
le pondré á usted al reló,
como dice el vulgo... y yo,
siempre que me da la gana.

LUIS. Si no hay tal fascinacion!
la pobre es tan fria y tan...

PABLO. Fria, eh? Ya! Ni un volcan...
Don Bruno dará razon.

LUIS. Don Bruno?

PABLO. Cuando yo digo...

LUIS. Pero... voto á Belcebú,
¿quién es ese hombre?

PAPLO. Su...
Pues! su...

LUIS. Qué!

PABLO. Su íntimo amigo

LUIS. Y qué!

PABLO. Á serlo yo de usted
le diria con franqueza,
que Dios ha hecho esa cabeza
más dura que la pared.

LUIS. Es preciso confesar
que ella no hace mucho caso
de mí, quiere que dé un paso...
No sé qué paso he de dar.

PABLO. Quiere... ¡Si eso es de cajon!
que usted... En fin, yo bien sé
lo que ella desea.

LUIS. Qué!

PABLO. Don Bruno dará razon.

LUIS. Que estribillo inoportuno...

PABLO. Hace poco, no le asombre,
le dí á esa mujer, en nombre
del mencionado don Bruno,
una joya de valor.

LUIS. Pero ella no aceptaria!

PABLO. Aunque dice usted que es fria,
aceptó con un calór...

LUIS. Hola!

PABLO. Ay del que ella explote!

LUIS. Y yo necio que creí...
¡Si soy un imbécil!

PABLO. Sí,
un tonto de capirote.

LUIS. Qué es lo que dice usted?

PABLO. Nada.

LUIS. Esa calificacion...

PABLO. Le doy á usted la razon
y todavía se enfada?

LUIS. Hay pasiones muy grotescas,
y una de ellas es la mia.

PABLO. Pues nada, ya que ella es fria
dígale usted cuatro frescas.

LUIS. No, mejor es que la escriba.

PABLO. Pero en un estilo amargo,
irónico... Yo me encargo
de redactar la misiva.
Siéntese usted... Será corta.
(Obligándole que se siente junto á un velador, donde habrá recado de escribir.)

LUIS. Y bien! (Disponiéndose á escribir.)

PABLO. «Señora, confieso
»que soy un imbécil!»

LUIS. Eso

PABLO. ¿Lo sabe ella ya? No importa
que ella lo sepa ó ignore.

LUIS. Pero...

PABLO. «Aspiro al alto honor
»de hacerla á usted el amor,
»pero *gratis et amore.*
»Fálteme la luz del sol,
»si aspiro á esa blanca mano.
»sé que es cara en italiano
»y tambien en español.
»El amor me hará su esclavo,
»el amor, no el interés,
»y sin más besa sus piés...»

LUIS. Luis Asensio y...

PABLO. Bravo!

LUIS. No.
Luis Asensio y Prats.

PABLO. Bien: lleno
de noble entusiasmo, acabo
de decir... ¿Qué he dicho? Bravo!
que es sinónimo de... bueno.

LUIS. Y está usted seguro?

PABLO. ¡Sí!
Si yo nunca me equivoco.

ESCENA XIII.

DICHOS y D. BRUNO.

BRUNO. Buscaba á usted como un loco.

PABLO. De veras? Pues héme aquí.
Pero... y esa carta?

LUIS. Andrés
el mozo será el correo.

PABLO. Si algo ocurre...

LUIS. No, no creo...

PABLO. Yo me encargo.

LUIS. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA XIV.

D. PABLO y D. BRUNO.

BRUNO. La ha visto usted?

PABLO. Sí, la he visto.

BRUNO. Y qué tal?
PABLO. Perfectamente.
BRUNO. Pero...
PABLO. Todo está arreglado.
BRUNO. Sí?
PABLO. Negocio en que yo medie...
BRUNO. Qué bueno y qué!...
PABLO. Me desvivo
por todo bicho viviente.
BRUNO. Bravo!
PABLO. No diga usted eso:
hay aquí un jóven muy terne
que dice que ese vocablo
no es ya moneda corriente.
BRUNO. ¿De veras?
PABLO. Vaya! por poco
no andamos aquí á cachetes.
BRUNO. Diré á usted, es que me asombra
que esa maligna serpiente...
PABLO. Hombre, pues nada más fácil,
el bello sexo es tan débil...
Comprendiendo que es inútil,
tratándose de mujeres,
apelar al buen sentido,
he tenido que valerme
de otro recurso.
BRUNO. Si, eh?
PABLO. Regalarle el brazalete.
BRUNO. Si es de Rita!
PABLO. Ella qué sabe!
BRUNO. Se lo ha puesto muchas veces.
PABLO. De modo que lo conoce?...
BRUNO. Sí señor, personalmente.
PABLO. Pero hombre de Dios! la culpa
es de usted, que no me advierte...
BRUNO. Esto se va complicando!
PABLO. No faltará quien lo arregle.
BRUNO. No es fácil.
PABLO. Hombre, los dedos
se le antojan á usted huéspedes.
BRUNO. Qué hacer?
PABLO. Qué hacer?

BRUNO. Sí, veamos.
PABLO. Por el pronto usted no debe
mezclarse en este negocio.
BRUNO. Y usted sí?
PABLO. Naturalmente.
Yo me encargo... Usted desea
recobrar el brazalete?
BRUNO. Sí señor, á toda costa.
PABLO. Pues bien, cueste lo que cueste
le compra usted otro á Cármen...
BRUNO. Dice usted bien!
PABLO. Me parece
que el problema está resuelto.
¡Si yo tengo mucho pesqui!

ESCENA XV.

DICHOS y D. LUIS.

LUIS. Por vida del rey de bastos...
PABLO. Este no está por los reyes.
LUIS. Voto á...
PABLO. No hay por qué apurarse.
Estoy yo aquí ¿Qué sucede?
Qué ocurre?
LUIS. Nada de nuevo.
PABLO. Qué?
LUIS. Que es usted un imbécil.
PABLO. Gracias.
LUIS. No hay de qué!
PABLO. Adelante.
LUIS. Andrés, entregó el billete.
PABLO. ¿Y ella, qué ha dicho?
LUIS. Ella? Nada,
su tio es el que pretende
que le dé una explicacion.
PABLO. Quién?
LUIS. Me escribe lo siguiente.
PABLO. Veamos.
LUIS. «Señor don Luis:
»usted faltando á las leyes
»del honor, ha dirigido

»á mi sobrina, con creces,
»insultos, pero le juro
»no ha de ser impunemente.»

PABLO. Hola! Conque tiene un tio?
BRUNO. Yo qué sé lo que ella tiene.
PABLO. Como me consta que usted
la conoce íntimamente...
BRUNO. (Quiere usted callar, don Pablo?)
PABLO. (Está muy bien.) Las mujeres
de cierto género... ¿estamos?
suelen tener más parientes...
¿No acierto, amigo don Bruno?
BRUNO. Yo no conozco á esa gente.
(Le he dicho á usted que se calle.)
PABLO. Yo? por qué?
LUIS. Creo que él viene.
PABLO. Quién?
LUIS. El tio en cuestion.
PABLO. Hola!
Entónces, lo más prudente
es que se vaya usted.
LUIS. Pero...
PABLO. Su sitio de usted no es este.
LUIS. Cómo que no?
PABLO. Yo me encargo
de recibirle. (Empujándole hácia su habitacion.)
LUIS. Corriente.
Bruno ~~PABLO~~. (Despues de haber hecho entrar á D. Luis, cierra l
puerta y vuelve á la escena.)
Y usted, qué hace ahí? Es preciso
recobrar el brazalete.
PABLO. Compre una alhaja cualquiera.
BRUNO. Bien, voy. (Váse derecha.)
PABLO. Inmediatamente.

ESCENA XVI.

D. PABLO y D. GIL.

GIL. ¿Donde estará? Por Luzbel
que he de vengar tal afrenta.
Don Luis?

PABLO. Hágase usted cuenta
de que está hablando con él.

GIL. Conque usted... (Tengamos calma.)

PABLO. Sus veces haciendo estoy.

GIL. Pues en ese caso, voy
á romperle á usted el alma.

PABLO. Cá, hombre!

GIL. ¿Cómo que cá?

PABLO. ¿Qué ha hecho don Luis?

GIL. Ofender,
insultar á una mujer,
y esa mujer es mi...

PABLO. ¡Ya!

GIL. Es mi sobrina.

PABLO. Tal vez.

GIL. Es mi sobrina, sí tal.

PABLO. No diré que no.

GIL. Carnal.

PABLO. Por la boca muere el pez.

GIL. Usted mi paciencia labra.

PABLO. Y usted á mí me incomoda.
Es usted un tio, en toda
la extension de la palabra.

GIL. Yo no sé cómo consiento...

PABLO. Lo dicho.

GIL. Esto es demasiado.

PABLO. Sí señor, quede sentado...
pero tomemos asiento.
(Variando de tono, se sientan.)

GIL. Ahora bien!

PABLO. Tranquilidad!
Usted... no dirá que no!
lleva peluca!

GIL. (Levantándose.) Quién, yo?

PABLO. Pues parece.

GIL. Y es verdad.
(Sentándose con la mayor tranquilidad.)

PABLO. Peluca y todo, yo infiero,
no la critico ni alabo,
que es muy de usted porque al cabo
le ha costado su dinero.

GIL. Y bastante.

PABLO. Sí, es muy cuca!
Pues bien...
GIL. (Á que se desliza?)
PABLO. Su sobrina es tan postiza...
GIL. ¡Cómo!
PABLO. Como su peluca.
GIL. Sospecha usted...
PABLO. Yo? Me agrada.
Sospechar de ningun modo!
GIV. Pues entónces...
PABLO. Lo sé todo!
GIL. Pero qué sabe usted?
PABLO. Nada.
GIL. Caballero, esa ironía...
PABLO. Mire usted; si ella promete
devolver el brazalete,
lo demas no es cuenta mia.
GIL. Qué dice?
PABLO. Importa no poco,
ya puede usted comprender...
qué, si lo ve la mujer...
GIL. Qué mujer!
PABLO. La otra.
GIL. Está loco.
PABLO. Usted es la bondad misma,
es usted un hombre justo
y tendrá...
GIL. Sí, tendré el gusto
de romperle á usted la crisma.
PABLO. Modérese usted, amigo.
GIL. No!
PABLO. Más sentido comun!
¿No ha almorzado usted aún?
almorzará usted conmigo.
GIL. Mil gracias por la merced.
Nos batiremos...
PABLO. Cá, no.
GIL. Es usté un gallina y yo
me como á diez como usted.
PABLO. Hombre, diez...
GIL. Sí señor.
PABLO. Bah!

GIL. Que le hagan á usted el nicho.
PABLO. Hum! Diez gallinas.
GIL. Lo dicho.
PABLO. No le convido á usted ya!
GIL. Batámonos.
PABLO. Bien, con brío,
que yo no soy de manteca,
sable, y cuchillada sea,
yo le arreglaré á este tio!
GIL. Acepto sin vacilar.
PABLO. Junto á la cascada.
GIL. Nada!
Allí.
PABLO. Junto á la cascada
le voy á usted á cascar.
GIL. Si no me marcho de aquí
que habrá un cataclismo creo.
¡Váyase usted á paseo!
PABLO. No quiero ir.
GIL. Pues yo sí. (Váse.)

ESCENA XVII.

D. PABLO, á poco D. LUIS.

PABLO. (Cayendo sobre una butaca.)
No puedo más. Qué modo
de sacrificarme! Ah!
LUIS. Y bien, qué hay?
PABLO. Que todo está
arreglado.
LUIS. ¿Sí, eh?
PABLO. Todo.
LUIS. No lo dudo, amigo mio,
porque usted todo lo allana.
PABLO. Todo, sí señor. Mañana
se bate usted con el tio.
LUIS. Qué escucho!
PABLO. Sí, amigo fiel,
el negocio está arreglado.
LUIS. Pero...
PABLO. Yo le he provocado

y usted se bate con él.

LUIS. Bravo!

PABLO. No soy egoista.
Yo hago el bien.

LUIS. ¿Usted?

PABLO. No quiero
que me dé las gracias.

LUIS. Pero...

PABLO. Nada de eso, hasta la vista.
(Dirigiéndose al foro.)

LUIS. Jesus qué hombre.

PABLO. (Volviendo.) Ella está aquí!
Ni una palabra, ni un gesto!

LUIS. Bien.

PABLO. Bajo ningun pretexto.

LUIS. Descuide usted, lo haré así.

ESCENA XVIII.

DICHOS y CÁRMEN saliendo.

CARMEN. Don Luis! calle! Usted en Trillo.

LUIS. ¿Usted aquí, Carmencita?

CARMEN. Cuánto me alegro.

LUIS. Y yo! Usted
me recuerda aquellos dias
tan alegres, aquel tiempo
el más feliz de mi vida.

CARMEN. En Capellanes nacieron
nuestras tiernas simpatías.

LUIS. Es verdad, allí intimamos
bailando la polka íntima.

PABLO. (Que se ha sentado á leer.)
Qué es esto? Están allí hablando.

CARMEN. Esas cosas no se olvidan.

PABLO. (Jóven incauto! Recuerdo
tu promesa!)

LUIS. ¿Qué?

PABLO. (No digas
una palabra! no mires
á esa mujer!)

LUIS. (Imagina

que Cármen... Ah! ya comprendo!
Un quid pró quo! Todavía
es tiempo de reparar...
Sí, sí corro...) Hasta la vista.
(Á Cármen: sale corriendo por el foro.)

ESCENA XIX.

D. PABLO, CÁRMEN luego RITA.

PABLO. (Á no seguir mis consejos
sabe Dios lo que seria
de ese jóven.)
CARMEN. Con franqueza.
PABLO. Qué?
CARMEN. Quiero que usted me diga
qué tal me sienta!
(Enseñándole el brazalete.)
PABLO. Qué veo!
El brazalete.
CARMEN. ¡Qué víbora
ha pisado usted?
PABLO. Señora,
esa conducta es indigna.
CARMEN. Por qué?
PABLO. Quítese usted eso.
CARMEN. Tiene este hombre únas manías.
PABLO. Pronto!
CARMEN. Por qué he de quitármelo?
PABLO. Hay razones de familia.
CARMEN. Caballero!
PABLO. (Á ver por buenas!...)
Créame usted, señorita,
créame usted, esa joya...
RITA. (Apareciendo en la puerta de su cuarto.)
Qué es esto?
CARMEN. Esta joya es mia.
PABLO. Bien, pero...
RITA. Mi brazalete.
PABLO. (Ave María Purísima!)
RITA. Quién, quién le ha dado á usted esto?
Yo quiero que se me diga.

CARMEN. ¿Con qué derecho, señora?
PABLO. Yo descifraré este enigma.
Sí; yo me encargo. (Es preciso
que apoye usted la mentira.)
(Rápidamente á Cármen.)
RITA. Y bien?
PABLO. Esta jóven es
hace tiempo mi sobrina.
RITA. Cómo?
PABLO. Digo que hace tiempo,
porque ya no es una niña.
RITA. Y á qué viene...
PABLO. Es tan amable!
Dame un abrazo, hija mia!
CARMEN. Déjeme usted en paz.
PABLO. Tiene,
como todo el mundo, dias...
CARMEN. Pero...
PABLO. En cuanto al brazalete,
es la cosa más sencilla...
RITA. Mi marido! (Viendo á D. Bruno.)
CARMEN. Su marido!
BRUNO. (Cármen aquí! Dios me asista!)

ESCENA XX.

DICHOS y D. BRUNO.

PABLO. ¿Traerá aquello?
RITA. El brazalete!
¿Qué has hecho de él?
PABLO. En su nombre,
le diré á usted...
RITA. Pero, hombre,
usted en todo se mete.
PABLO. Diré á usted, y mi intencion
dista mucho de ofenderla,
que le faltaba una perla
al brazalete en cuestion.
Hay corazones muy buenos
y que transigen quizás
con una perla de más,

pero no con una ménos.
Usted tiene un corazon
del mismo temple; yo veia
con profunda antipatía
el brazalete en cuestion.
Don Bruno, que no es un necio,
dijo: «lo voy á vender
y á comprarle á mi mujer
otra joya de más precio.
Mi sobrina la ha adquirido;
yo intervine, por supuesto;
¡y qué joya, gracias á esto,
va á darle á usted su marido!
Es una alhaja preciosa,
donde el diamante y el oro...
(¿Dónde está eso?) Un tesoro!
(Hombre, exhiba usted la cosa!)

RITA. Y esa alhaja?

PABLO. Estamos hartos
de esperar.

RITA. Dónde está?

PABLO. (Que ha sacado un envoltorio que trae D. Bruno en el bolsillo de la levita, asomando algo de él.)
Aquí.

BRUNO. Qué ha hecho usted?

RITA. Veamos.

PABLO. Sí.

RITA. Seis cigarros de á tres cuartos.

CARMEN. Já! já!

PABLO. Su grato perfume
enagena á la mujer.

RITA. Yo no fumo!

PABLO. ¿Y el placer
de que don Bruno los fume?

RITA. Ah! todo esto es un tejido
de infamias! Dónde está el oro?
y el diamante?

BRUNO. Lloras?

RITA. Lloro
porque eres un mal marido!

ESCENA XXI.

DICHOS y D. GIL.

PABLO. Mire usted.
(Cogiendo á D. Gil de un brazo, y enseñándole á Doña Rita, que llora, y á cuyo lado está D. Bruno en actitud de consolarla.)
GIL. Qué?
PABLO. No adivina
lo que quiero?
GIL. No señor.
PABLO. Hágame usted el favor
de llevarse á su sobrina.
GIL. Qué?
PABLO. Conciencia! (Á Cármen, bajo.)
GIL. Señor mio,
no sea usted tan pelmazo.
PABLO. Pues cójase usted del brazo
de su tio.
CARMEN. De mi tio!
PABLO. Ni lo es, ni lo debe ser;
pero usted le da ese nombre...
CARMEN. Yo no conozco á ese hombre.
GIL. No conozco á esa mujer.
PABLO. Que no, eh?
CARMEN. Hombre incapaz,
peor que el cólera morbo,
de qué sirve usted?
GIL. De estorbo.
CARMEN. Pues bien, que nos deje en paz.
RITA. Tenerle á usted por amigo
es la mayor plaga.
BRUNO. Pues!
su amistad de usted no es
amistad, es un castigo.
PABLO. Reniegan de mi amistad.
GIL. Sí tal! y hasta de su nombre.
LUIS. (Entrando con Teodora.)
Hace usted bien, este hombre
es una calamidad.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS, menos ANDRÉS.

PABLO. Usted tambien?
LUIS. El señor
dió á mis descargos oido.
GIL. En efecto.
LUIS. Ha comprendido
y ha perdonado mi error.
GIL. Y Teodora le ha aceptado
por esposo.
PABLO. Qué oigo!
TEOD. Sí.
PABLO. ¡Y se casa usted así...
LUIS. Pues!
PABLO. Sin que yo haya mediado.
Mal hecho.
BRUNO. Cese tu encono.
Si te amo más que á mi vida.
RITA. Esa joya prometida...
BRUNO. La tendrás.
RITA. Pues te perdono.
GIL. (Á Teodora y á media voz, indicando al público.)
Aconseja la prudencia...
Ya me comprendes, Teodora.
PABLO. Á dónde va usted, señora?
TEOD. Á reclamar indulgencia.
PABLO. Señora, por caridad,
no haga usted tal cosa.
TEOD. No?
PABLO. Yo me encargo.
CARMEN. Usted?
PABLO. Sí, yo.
CARMEN. Pues barrunto tempestad.
PABLO. Os pido con buenos modos,
si es que molestia no os causo,
que procureis un aplauso
á EL PROCURADOR DE TODOS.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañía.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañía.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. García.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.